



SEVILLA

TROQUEL DE AMÉRICA



“Sevilla la gallarda, la española,
la Atenas sonriente de la gracia...”

SALTA la pluma de gozo al escribir de la Sevilla luminosa y ardiente, puerta de oro por donde el espíritu español pasó a América, después de filtrarse por su limpio tamiz, arrastrando las características del alma andaluza, para dotar con ésta, en generoso don, el alma nueva de los nuevos pueblos.

Sevilla fué el troquel de América y el patrón de su vida sirviendo de modelo a la tierra americana. Porque, a decir verdad, el alma de esos pueblos no es más que la andaluza que no gusta de mirar para adentro y se desborda fuera. ¿Cómo no, si es la tierra de María Santísima, que es decir la tierra de la alegría, de la gracia y también de las penas? El sevillano Mateo Alemán encierra por debajo de la sobrehoz andaluza de su decir un fondo grave de cenobita; Velázquez, sevillano también, en su riqueza de color que pinta hasta el aire, aprisiona un realismo de seriedad concienzuda, y en la liviana ligereza de pintar dioses como Marte, la sátira humorística de la falsedad pagana y clásica; Bécquer, que sabe expresarse con palabras de aire y flores de todos los jardines andaluces, apresa en su fondo la substancia poética y la sinceridad de sentimientos.

En el hondón del andaluz hay todo ese mundo que al salir de Andalucía y al podar la hojarasca superficial brota y se manifiesta pujante. En su almarío vibra la melancolía, lo cruzan centellas de tragedia, hay sedimento de desengaño y de grave filosofía, como se ve en Séneca, nacido en ella, y en todos los ingenios sevillanos. Y hasta en medio de las voces de la zambra, del cante jondo, en los jipíos y ayes prolongados de soleares y carceleras, donde a cada paso se escuchan las penas y los celos, la tristeza y el dolor; pero dolor y alegría trasmanando del fondo trágico del pueblo, melancólico y moruno en el fondo, joyante y regocijado en la superficie.

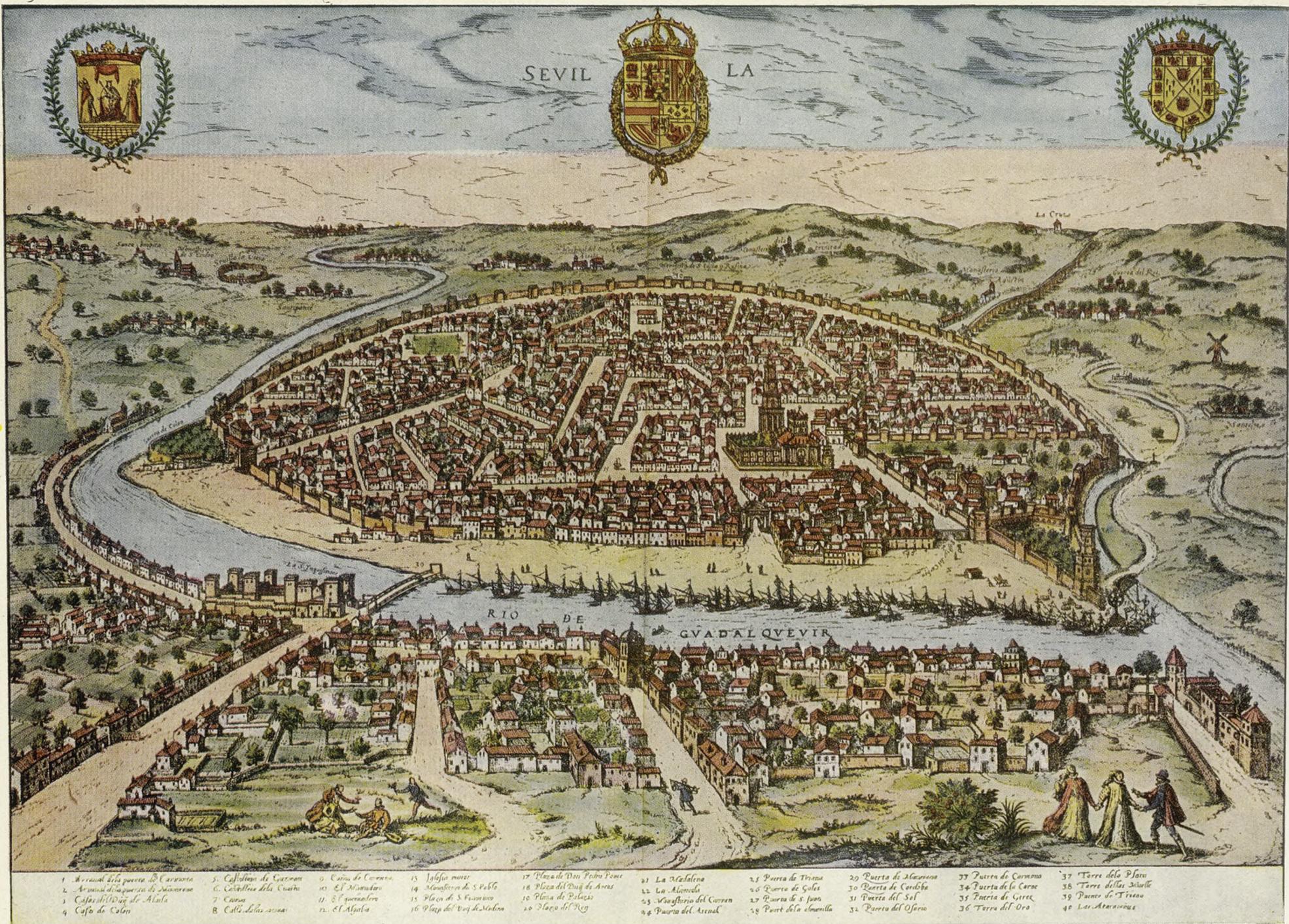
De todo esto hay mucho en la América hispana, porque su alma es el alma castizamente española, con el matiz que le dió su propio cielo, todo expresión y brillo. Los contrastes que en él se encuentran existen en el alma española y americana, que a un viso dijérase ligera y liviana, y a otro semeja demasiado seria y grave; a la vez de plomo y de pluma, violenta y tarda, andariega y apoltronada, de conciencia tan sana y amante de la justicia en los principios y en el juzgar, y tan desgarrada y pícara en los hechos; tan aventurera en las empresas ajenas como apesadumbrada en casa e indiferente en sus propios dolores.

Esa Sevilla incomparable ha sido la que amasó para América toda el alma de España. “Dijérase —se ha escrito— que al partir de los lugares andaluces las primeras expediciones de los descubridores llevaron en sus naves pedazos de su terruño, que después de arraigar se multiplicaron por todo el continente virgen de América”. Andaluces eran los Pinzones, y quienes desde Palos se unieron a Colón para seguir la más sublime de las aventuras humanas; andaluz, hijo de Sevilla, el que dió alientos a la flota desde el mástil de la *Pinta* con la palabra “¡Tierra!”; de Sanlúcar salió Solís en 1515 hacia las Indias para fundar ciudades que hoy asombran. En Sevilla alistó Magallanes la flota con cuyos restos encontraría “la secreta senda”, como dijo Ercilla. A principios de abril de 1526 partió de aquel puerto Sebastián Gaboto con una expedición de cuatro naves en las que iban seiscientos hombres dispuestos a realizar portentosas hazañas. También de Sanlúcar salieron en 1534 los fundadores de Santa María del Buen Aire; y... ¿cómo mencionar todas las expediciones que de allí partieron?

Sevilla fué, durante siglos, centro de los tratos mercantiles con los pueblos surgidos por obra y gracia del genio español. Sevilla vivió en contacto con ese mundo; fué su delegado y quien procuró a las tierras recién descubiertas la sangre que necesitaban.

Posible es que Sevilla se encontrara predestinada para esta función de encauzamiento. El terreno se hallaba abonado para recoger la semilla. Los hombres, dispuestos en espera de una empresa heroica. El germen se arrojó cuando los católicos monarcas, desalojando Granada, último baluarte del moro, hicieron que el espíritu heroico quedase descansando, y en tranquilo reposo las dinámicas energías españolas. Entre tanto, Colón esperaba, con la mirada fija en un horizonte desconocido, vislumbres de auroras y destellos de fuego, que misteriosa y apremiantemente le atraían. Por eso las descubrió.

Era Sevilla el camino de las Indias, y por ende la aspiración de los soñadores del mundo. A ella acudían todos los desocupados de España y de las demás partes de Europa. En sus muelles y calles hablábanse todas las lenguas conocidas y podían contemplarse todos los rostros, todas las expresiones, como un viviente muestrario del mundo. Allí llegaban los soñadores que buscaban la luz celeste; los poetas y los pensadores, alentados por el ansia no saciada del saber de la vida; los artistas y los hombres de ciencia, que iban en pos de nuevas verdades; los enamorados de su Patria y de su espada, para acrecerla con nuevas glorias, soñando con una más grande; los altivos y escualidos hidalgos, para unir a sus blasones desconchados las do-



radar tales que renueven sus pasadas tradiciones. Y también venían los pícaros y ganapanes de toda España, con su hatijo de pillería despierta y sus mañas limpias y encubiertas; los infelices a quienes la dorada leyenda de las Indias comenzaba a alucinar con las esperanzas de un nuevo Vellocino, y los nobles señores que, impuestos de la misión providencial que les incumbía, marchaban decididos a propagar la fe de Cristo y la civilización de un Estado pujante y único; y los gloriosos capitanes, pensando en aquel mundo ignoto, plagado de maravillosas fantasmagorías.

Y van los hombres de la seca Castilla, con la visión de su parduzco campo, y con ellos la austeridad y el misticismo; y llegan los hijos del litoral mediterráneo, con la serenidad de su comarca, y con ellos la gracia y la belleza; arriban los hombres del Norte, nostálgicos de sus campiñas y de sus costas, y con ellos la ternura y el brío; o aparecen los mozos extremeños, raza de conquistadores y guerreros, y se funden en el crisol de Sevilla, que también aporta su ensueño oriental, su pasión y melancolía. Así es como, con la contribución del carácter regional, en un continuo acarreo de hombres, llega a fundirse la esencia de España en la suma y compendio de toda ella: en el alma de Sevilla y en los hombres de su ciudad.

¿Qué es ésta, también, sino un compendio de España? Toda el alma española, ¿no posó su planta en la tierra sevillana? Reyes veía en ella, junto a las placideces sensuales de los sultanes, la ascética continencia de sus reyes; los conquistadores heroicos y los majos de plante; junto a Cortés, Don Juan; junto al rey moro, el monarca cristiano; la huella perdurable de Colón que ora y la de Hernán Cortés que, resignado, muere; Guzmán el Bueno enterrado en ella, que es la raza cuando entrega la vida de sus amores para conservar el honor, junto al lugar donde se dice que Cervantes escribió el *Quijote*, mientras al otro lado reluce el blanco conventillo de místico com-



UN ANTIGUO GRABADO DE LA BELLA SEVILLA

pás en que habitó la Madre Teresa de Jesús.

Tanta pasión, tanta fiebre y tanta ansia violenta, representada en tales seres, había de ir, como dardo a su blanco, al lugar previsto. Y ¿qué suelo más abonado para recibirle que la pródiga tierra americana, recién descubierta, donde la sangre corre rápida por las ve-

nas y sube brincando al cerebro, llevando dentro de sí el manantial de las supremas embriagueces?

Los hombres que marcharon al mundo nuevo asimilaron en Sevilla el espíritu que después sembraron en él. Este que al contemplar los almenados torreones del Alcázar imagina sueños de conquistas y amores, después los realizará con los pueblos y las hijas de América. Es aquel a quien le cuentan que hallándose preocupado el rey justiciero con la idea de a cual juez confiaría la sentencia de un pleito enmarañado, hubo de cortar una naranja en dos mitades y colocar una de ellas sobre la superficie del agua. Hizo venir después a un juez y preguntóle qué era lo que sobrenadaba. Le contestó que una naranja, y descontento D. Pedro, hubo de despedirle, mandando llamar sucesivamente a otros varios, de quienes obtuvo también, tras la misma pregunta, idéntica respuesta. Llegó, por último, uno, quien al escucharla de boca del rey, desgajó una rama de un árbol y atrayendo con ella hacia sí el objeto, lo sacó del agua: "Es media naranja, señor", contestóle. "Tú serás —dijole el rey— quien sentencie la causa".

Es también aquel que se maravilla viendo la Torre del Oro retratada en los movedizos cristales del río, o suspira cuando ve por primera vez la Giralda y piensa en las que él puede realizar por las tierras lejanas, o el que ha rezado en la Catedral ante los cuadros de Alejo Fernández y ha puesto su rodilla en tierra ante el sepulcro de San Fernando y de la regia Patrona de Sevilla, y ha tenido en sus manos temblorosas la espada que el rey santo hiciera rebrillar un día glorioso de 1248. Es también aquel que se enfrasca

SEVILLIA.

QVI NON HAVISTA

NON HAVISTA MARRAVILLA



Quid mihi! quod media diademata barbaris urbe
Súmsit, et Hesperiae regia prieta. fuit.
Dúm percat Máurus: foli tollantur honores.
Mercibus ignoti notior orbis ero.
Quæritis occiduum calidis in vallibus aurum
Quæ vel in aëoó litore dona iacent.
Aspice, tota meo spectatur America Bæti:
Innatat et cürvis útraque Java vadis.

l Was, die Spanjen wetten gaf,
Trots op 't gout der Sarazenen:
Van mij moest de Schepter staf
Voor Madril de Tagus lenen.
Dogh nu dobben op mijn staat
Goude Peruaansche rijken,
En het maghugh Java laet
Op de Bæti sigh bekijken.

Sans crainte, sans travail, sans pilote, sans guide,
Sans perte de ton temps, sans coust, et sans danger,
Ton esprit peut t'asseurment voyager,
Et contempler l'honneur de la terre Hesperide.
Voy moy ceste cite, la mere du commerce,
Qui reçoit tous les ans en Ses tranquilles bords
La richesse de l'Inde et les plus grands thresors
Que le Peru commet aux flots de la mer perse.

Námen der Kercken en Cloosters.
1. Las Cuevas 15. S. Francisco
2. S. Inquisicio 16. S. Pedro
3. S. Lorenzo 17. S. Ysidro
4. Monasterio del Caraca 18. Puerto del Arsenal
5. La Rencada 19. S. Augustin
6. La Merced 20. Yslas Menor
7. Puente de Triana 21. Las Torres
8. La Abadía 22. El Alcazar
9. Puente de Triana 23. Torre del Plata
10. S. Pablo 24. Torre del Oro
11. S. Catalina 25. Puerto Xerez
12. S. Buenaventura 26. Las Antracitas
13. La Cruz de Iesu 27. S. Bernardo
14. La Encarnacion 28. Canon de Guadalupe

en los grandes negocios, en la poderosa fuerza de su comercio y piensa en las riquezas posibles y en el dinero contante y sonante del nuevo mundo.

Por eso acudían a Sevilla, a sus tratos y a su vivir grande, no sólo las gentes de España y francesa, sino los italianos, los flamencos y franceses, porque al decir de Mateo Alemán, "había grandísima suma de riquezas y muy en menos estimadas, por correr la plata en el trato de la gente como el cobre por otras partes". Por algo decía, también, que "a quien Dios hizo bien, en Sevilla le dió de comer". Es que, según escribía Tomás de Mercado en sus *Tratos y contratos de mercaderes*, "soliendo antes el Andalucía y Lusitania ser el extremo fin de toda la tierra, descubiertas las Indias, Sevilla era ya como medio. Por lo cual, todo lo mejor y más estimado que hay en las otras partes antiguas, aun de Turquía, viene a ella, para que por aquí se lleve a las nuevas, donde todo tiene un excesivo precio. De ahí es que anda toda la ciudad en todo género de negocios. Hay grandes y reales cambios para todas las ferias, así dentro del reino como fuera; ventas y compras, fiado y de contado, de gran suma muy grandes cargazones, baratas de muchos millones de cuantos: que ni Tiro ni Alejandría en sus tiempos se le igualaron... Sevilla es el día de hoy, a causa de las Indias Occidentales, de todas las cuales es puerto y para todas escala, la más rica sin exageración que hay en todo el orbe".

Prestas las flotas para salir en el sevillano mes de abril, eran inspeccionados los navíos en el puerto de las Muelas y se les daba licencia para bajar a Sanlúcar. Del puerto de las Muelas pasaban al de las Bandurrias, y de éste a los bajos de Pilares, del Valle, el Naranjal y del Saucejo, llegando a las Horcadas, antesala de Sanlúcar. Parecía que las naos, como polluelos junto a las madres, temieran apartarse de su lado y perder tanta solicitud y cariño.

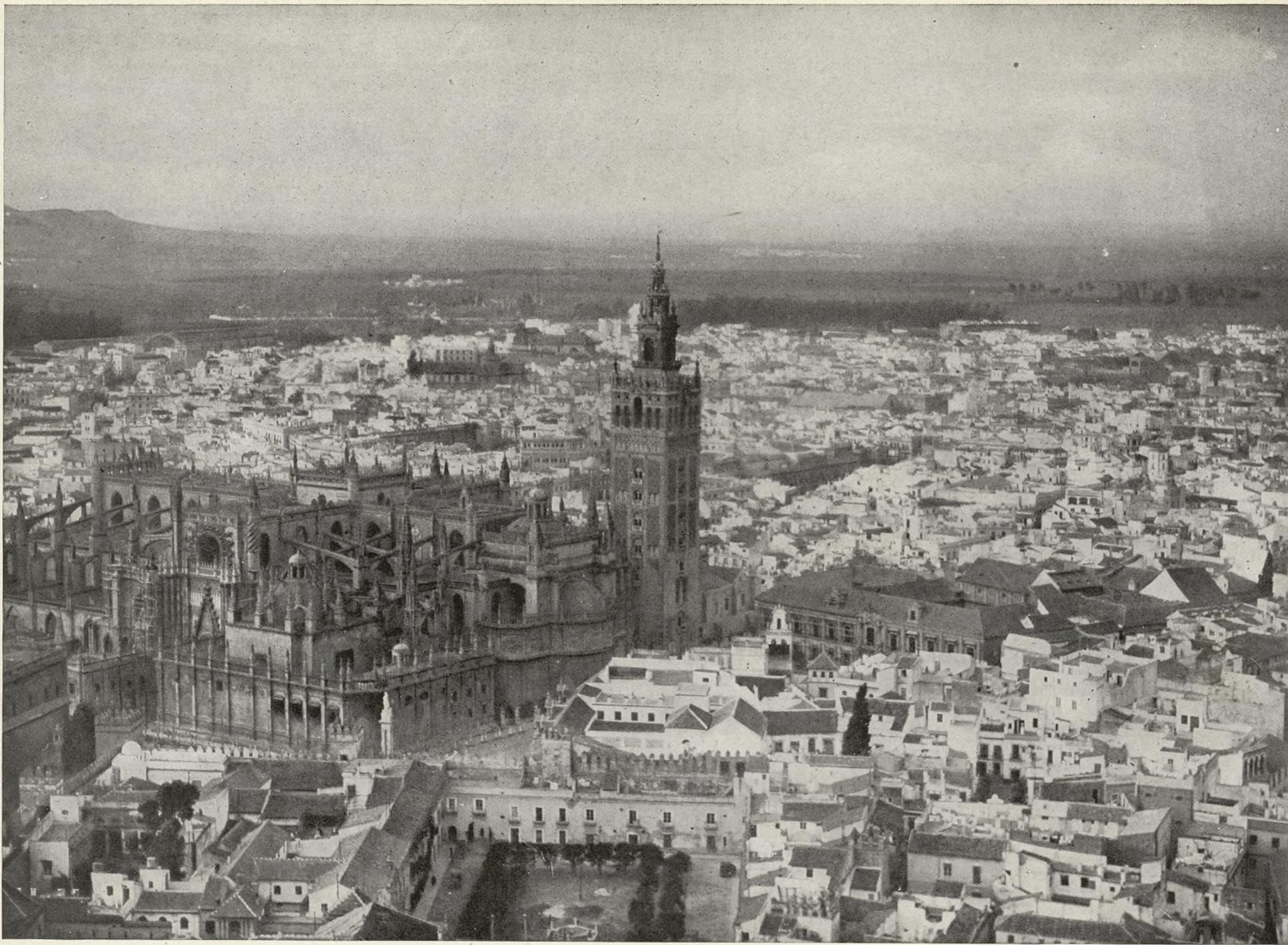


OTRO VIEJO PERFIL DE LA HISTÓRICA HISPALIS

Por eso la partida se retarda, por eso es tan costoso arrancar de aquellas playas, por eso los vientos y las mareas y las corrientes, como cómplices de sus deseos, hacen lenta la marcha y obligan a que transcurran ocho o diez días desde Sanlúcar a la Gran Canaria. Pero desde este lugar, como si conocieran la suma felicidad que les aguardaba, con el impulso de un viento favorable, arribaban las naos a la Dominica, a la Deseada, a la Marigalante, para poner rumbo a San Juan, a la Española y al sur de Cuba, hasta tocar el cabo San Antón y entrar después, triunfadoras y espléndidas, en la Habana, o en Veracruz, por donde se esparcía el mundo heroico que a ellas arribaba.

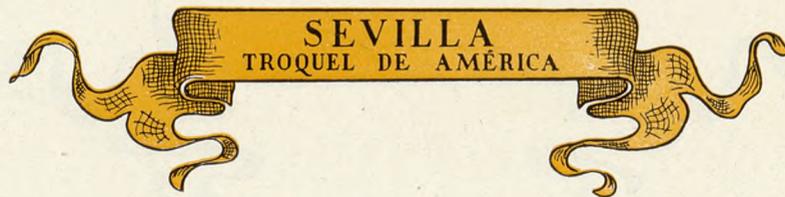
Así fué como, una vez posada su planta en la nueva tierra, los hombres que en las ciudades de las Españas dejaban tantas almas suspensas y anhelantes de sus vidas y amores, abrían y ensanchaban todos los horizontes. El geógrafo halló nuevas montañas y nuevos ríos, y nuevos valles y nuevas comarcas habitadas; el astrónomo, nuevos puntos de observación de la mecánica celeste; el geólogo, nuevos accidentes; el naturalista, nueva fauna y flora; la Industria, nuevos veneros de riqueza; el Comercio, nuevos y más fecundos derroteros; la Agricultura, nuevos terrenos y nuevos productos; el Arte, nuevos motivos de inspiración; la Ciencia, nuevos motivos de análisis; la Religión, nuevos espíritus que iluminar y que ganar para una vida de salvación; la Política, nuevas voluntades que someter a la coyunda salvadora del gobierno, y el Hombre, en fin, nuevos hombres a quienes llamar hermanos y con los cuales realizar juntos la peregrinación de la Historia.

Ante estas realidades, sólo pensó en llevarlas a término feliz para conseguir el ideal marcado. Y políticamente cumple su cometido con las leyes de Indias, y en el orden religioso, con la misión de las Ordenes monásticas; en el industrial, con la enseñanza de multitud de oficios y de profesiones desconocidas. Y causa verdadero asombro leer que los metales se trabajaban en



la América española, a los pocos años de haber empezado la colonización, con más perfección que en la Península, como atestiguan las fundiciones de Coquimbo, de Lima, de Santa Fe, de Acapulco; que las verjas y las fuentes de esa parte del mundo sobrepujaban en hermosura a las de Europa; que los altares, los tabernáculos y custodias, las lámparas y candelabros de oro que salían de las manos de los artífices hispanoamericanos podían sostener su parangón con las obras de Benvenuto Cellini; que, según el inglés Guthrie, eran admirables los aceros de Puebla y otras ciudades de Méjico; que las fábricas de algodón y lana producían en Méjico, Perú y Quito tejidos más perfectos que los de las fábricas más solicitadas de Inglaterra y Francia; que los cueros se curtían allí de prodigiosa manera; que las telas, mantas y alfombras del Perú, Nueva España y Nueva Granada eran estimadísimas y excelentes; que la fabricación de vidrio era superior a la de Europa, dando con ello razón a Humboldt cuando decía que “los productos de las fábricas de Nueva España podrían venderse con ganancia en los mercados europeos”.

Esto era lo que, junto con el oro, América enviaba a España también por medio de Sevilla. De regreso, salían las naves, hacia el mes de febrero, desde Nombre de Dios, y en marzo las de Veracruz, y en abril reuníanse las flotas en la Habana, aprovechando la cesación de nortes para atravesar los golfos del Sargazo y las islas Azores, con pocas tormentas, y llegar a España sin peligro de vendavales. Hasta las Azores el viaje era lentísimo, porque las brisas eran contrarias; mas al abandonarlas, y avistando el cabo de San Vicente, marchaban raudas, deseosas de contemplar “las arenas gordas, altos médanos de arena que bate la mar en ellos”, que es la entrada de Sanlúcar. Y ya de aquí, veloces, ligeras, atraídas por el aroma de la tierra, subían



VISTA AÉREA DE LA MAGNÍFICA SEVILLA DE NUESTROS DÍAS

por el Guadalquivir, alijando siempre, para arribar al puerto de las Muelas, final de aquella carrera de Indias, y verter como un cuerno de abundancia, sobre la población, el cúmulo incontable de riquezas que la nueva y pródiga tierra entregaba a la metrópoli.

No eran menos las que a la llegada de los naos se repartían por toda Sevilla, con gran

contento de sevillanos, andaluces y españoles. Las gentes y tripulaciones que del Nuevo Mundo arribaban hablábanles, con detalles de cuento oriental, de la vida y belleza de unas tierras que sonaban a nombres andaluces, como aquella comarca de Cubagua, que “agora se nombra Serpa o Nueva Andalucía”, o las villas de Nueva Xerez y Nueva Córdoba, grandes tierras llanas para pastos de ganados y tierras de labores, suelo rico para los buenos labradores. La boca llenábaseles de mieles cuando hablaban de aquella Sevilla del Oro, de dentro de tierra, o de los “sevillanos” de Quito que procedentes o no de las orillas del Guadalquivir eran los andaluces de las Indias, y en cuyas mentes bullía la leyenda del Dorado Cacique mientras sus piedras presenciaron el sublime heroísmo de Doña Isabel de Encina, “capitana” de la tropa española. También llegara un su día, en que un mestizo del Cuzco, Garcilaso de la Vega, el Inca, descendiente de un auxiliar de San Fernando en la toma de Sevilla, recale al fin de sus años en la Córdoba andaluza y escriba con nervio y gracia de la tierra la obra de más pura fragancia del alma americana.

Y así continuó por espacio de años este tráfico espiritual y material, este intercambio no sosegado, que unía uno y otro lado del Atlántico a través de la española tierra de Sevilla...

S A N T I A G O M A G A R I Ñ O S